

sar. El Sultan confia á sus jenerales la defensa de las fronteras europeas, vuelve al Asia, saquea muchas ciudades de la Karamania; mas, apresurado de oponerse á las rápidas ventajas de Huniade, perdona á los rebeldes, y vuelve á tomar el camino de Andrinópolis. Queriendo poner un término á la guerra desastrosa que sostenia, devuelve el Sultan al voivodo Drakul la Valaquia, y á Jorje Brankowitch sus dos hijos y los fuertes de Semendra, Chehirkeni y Krusovaz. Envía en seguida un embajador á Juan Huniade, quien toma consejo de la dieta del reino. En fin firmose una tregua de diez años en Szegedin, el 12 de julio de 1444, á costa de grandes sacrificios por parte del Sultan. Para asegurar mejor la ejecucion y la solidez, las condiciones fueron solemnemente juradas sobre el Evangelio y el Alcoran. Apenas se habia concluido aquel tratado que debia asegurar la tranquilidad del Sultan, cuando una triste noticia le sumió en el mas profundo pesar: su hijo Alá-eddin acababa de morir. Sultan-Murad, que reunia á brillantes cualidades guerreras, una estrema bondad, y sobre todo una tierna afeccion por sus hijos, cuya vida protejió siempre, experimentó tal dolor con aquella pérdida, que renunció al poder supremo, y se retiró á Magnesia, despues de haber rodeado á su hijo Muhammed, que solo tenia entonces catorce años, de ministros envejecidos en los negocios y capaces de guiar su inespriencia. Pero mientras que Murad, llegado apenas á la mitad de su carrera, buscaba ya el descanso, los enemigos del imperio otomano vijilaban, cuidadosos para aprovecharse de la primera ocasion favorable para vengar las afrentas que les habian hecho experimentar las armas musulmanas. La abdicacion voluntaria de Sultan-Murad parecia ofrecerles los medios de ejecutar sus proyectos: el cetro habia caido en manos de un niño. Así es que, á pesar de la solemnidad del juramento prestado por el rey de Hungría, apenas se habian trascurrido diez dias, que el príncipe cristiano rompió aquella

paz, que debia durar diez años. El ejército de Wladislao, mandado por Huniade, á quien prometieron hacerle rey de la Bulgaria, luego que hubiese conquistado aquella provincia, casi no llegaba á diez mil hombres: la reunion de cinco mil Valacos, á las órdenes de Drakul, estaba muy lejos de hacer á los cristianos bastante fuertes para oponerse con ventaja á los Otomanos. Sin embargo aquellos primeros atraviesan sin temor las llanuras de la Bulgaria, asolan, al paso, las iglesias griegas y búlgaras, queman veinte y ocho navíos otomanos, se apoderan de algunas plazas fuertes, y van á acampar cerca de Varna que abre sus puertas al ejército cristiano. En aquel inminente peligro, los ministros del jóven Muhammed le aconsejaron que entregase las riendas del gobierno á la mano firme que las habia tenido hasta entonces con tanta gloria. Envía el príncipe embajadores á su padre, quien les escucha con pesadumbre: «Vosotros teneis un emperador, les respondió, á él corresponde defenderos. ¿Cómo! ¿me envidias pues un sosiego bien merecido despues de todo lo que he sufrido por vosotros?» Insisten los enviados, háblanle de la salvacion del imperio; cede al fin y pasa á Europa al frente de cuarenta mil hombres. Llegado cerca del campamento húngaro, arregla sus tropas en batalla y ordena que el tratado violado por los cristianos sea puesto en la punta de una lanza plantada en tierra, á fin de recordar á los soldados otomanos el perjurio de sus enemigos. Al primer choque, el valiente Huniade rompe los Otomanos y penetra hasta la misma tienda del Sultan, el cual, arrastrado por el desorden de sus tropas, iba á abandonar el campo de batalla, cuando el beilerbei Karadjia le retiene por la brida de su caballo y le evita la vergüenza de la huida. Todo cambia de aspecto entonces: los Húngaros son rechazados; Wladislao, llevado de su fogosidad, habia abandonado la posicion ventajosa que ocupaba y buscaba á su rival en la refriega. Encuéntranse al fin los dos soberanos.



Exercice du Djerdah.
Ejército del Djerdah.

Sultan-Murad, de un golpe de djerid hiere el caballo del rey de Hungría, que cae á tierra. Acércase un jenizaro, le corta la cabeza, y poniéndola en la punta de una pica, grita con fuerza á los enemigos: «Ved aquí la cabeza de vuestro rey!» Este horroroso espectáculo infunde el terror en el ejército húngaro; huye todo él precipitadamente no obstante los prodigios de valor del valiente Huniade, que se ve al fin precisado á ceder. Sultan-Murad anuncia aquella victoria brillante al soberano de Egipto, enviándole veinte y cinco corazas de hierro de los guerreros húngaros. La cabeza de Wladislao, conservada en miel, fué dirigida á Djubé-Ali, gobernador de Brusa; los habitantes acudieron en tropel delante de aquel triste trofeo, el cual, despues de haber sido lavado en el Nilufer, fué paseado en triunfo por toda la ciudad.

Satisfecho Sultan-Murad, de haber salvado el estado, pero disgustado de las grandezas adquiridas á costa de una tranquilidad que era el objeto de sus votos, deja por segunda vez el cetro entra las manos inespertas de su hijo, y vuelve á sus deliciosos jardines de Magnesia, donde, rodeado de mujeres y jóvenes favoritos, se abandonaba á los placeres del harem y de la mesa. Mas, apenas hubo gozado de las delicias de aquella vida voluptuosa, cuando el estado reclamó de nuevo su salvador. Los jenizaros acababan de sublevarse: aquella terrible milicia, que solo un brazo de hierro podia contener en los límites del deber, despreció la autoridad del niño. Un incendio violento fué el prelude de las escenas de desorden que aterraron á Andrinópolis. El jefe de los eunucos se habia granjeado el odio de los jenizaros; y, como milagrosamente, pudo salvarse de su venganza. Indignados estos al aspecto de su víctima, sus-

(1) El «djerid» es un venablo corto y fácil de arrojar, que se emplea particularmente en los juegos que los pajes del serrallo ejecutan en presencia del Sultan, cuando va á pasar el dia en uno de los pabellones diseminados en las orillas del Bósforo y de la Propóntida. El djerid destinado para esta diversion tiene la punta mosqueada.

traida al furor de su cólera, saquean la ciudad, y se retiran en seguida sobre la colina de Batchoul. El gran visir Khalil-Ishak-Baja y el beiler-bei Ousghour, que gobernaban en nombre del jóven Sultan, principiaron por conceder á los sublevados un aumento de paga, y obtuvieron de este modo una tranquilidad momentanea. Aprovecháronse de ella para enviar, cerca de Murad, á Sarydje-Baja, quien le hizo presente el peligro inminente en que se hallaba el imperio, y le conjuró, en nombre de su pueblo desolado, que tomase por tercera vez las riendas del gobierno. Aquel principe, sacrificando sus placeres al voto de sus antiguos súbditos, cedió á sus instancias y volvió á Andrinópolis. Era tanto el temor y el respeto que inspiraba su nombre, que todo volvió á entrar en el órden, tan luego como hubo vuelto á empuñar el cetro. Muhammed, á quien el visir Kalil habia convidado á una partida de caza, con la mira de alejarle de Andrinópolis, encontró, á su vuelta, el palacio ocupado por su padre. A pesar del carácter altanero del jóven Sultan y su gusto por el poder, no se atrevió á dar la menor queja, y se retiró á Magnesia; mas guardó en el corazon un odio secreto contra el ministro que le habia hecho bajar dos veces del trono en el espacio de un año.

Apenas en posesion de la autoridad soberana, Sultan-Murad volvió sus miradas hácia la Albania y el Peloponeso. Constantino reinaba en aquella última provincia. El Sultan se puso á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres, y se apoderó del istmo de Hexamilon (lengua de tierra de seis mil pasos geométricos, que une la Grecia septentrional á la Morea), de Corinto y de Patras, y sometió al tributo á los principes del Peloponeso.

En aquella época principiaba á figurar en Albania un guerrero, célebre por sus talentos militares y su odio contra los Otomanos, Iskender-Bey, es decir, *el principe Alejandro*, nombre que los historiadores cristianos han cambiado en el de Scanderberg, bajo el cual es tan conocido

en Europa. Contemporáneo y émulo de Huniade tuvo, como él, la gloria de detener las armas triunfantes de Sultan-Murad y prolongó hasta casi la mitad del reinado de Muhammed II la lucha sangrienta que sostuvo durante veinte y cinco años contra los musulmanes. Su verdadero nombre era Jorje Castriota. Su padre, Juan Castriota, pequeño príncipe griego, tributario de Sultan-Murad, había entregado sus cuatro hijos en rehenes entre las manos de su señor feudatario. Los tres mayores murieron en baja edad, y Jorje, que quedó solo, se atrajo, por su rara inteligencia y su hermosa figura, la amistad del monarca otomano, quien le hizo educar en la religión musulmana, imponiéndole el nombre y el título de Iskender-Bey; su fuerza y su valor hacían de él á la edad de diez y ocho años el guerrero más temible del ejército. Sultan-Murad, cerca del cual iba siempre en aumento el favor de Castriota, le dió el gobierno de un sandjacato. Mas á la muerte de Juan Castriota, el Sultan, en vez de volver á Iskender-Bey el principado de Emathia donde había reinado su padre, estableció en él un gobernador, y ocupó al joven príncipe en la guerra. Herido con aquella injusticia, Iskender-Bey no esperó más que el momento favorable para vengarse. Así es que, cuando los Otomanos fueron batidos en las cercanías de Nisa, por Huniade, Jorje Castriota abandonó el ejército después de haber arrancado, por la violencia, al reis-effendi una orden por la que prescribía al gobernador de Ak-Hysar entregar el mando á Iskender-Bey. Tenía entonces veinte y nueve años. Provisto del firman, mata al ministro que, firmándole, había creído escapar á la muerte; logra evadirse, se hace entregar las llaves de Ak-Hysar (*Croia*), introduce en ella, durante la noche, seiscientos guerreros, y degüella la guarnición entregada al sueño. Después de haber logrado completamente su atrevida estratagemata, llama Iskender-Bey cerca de él á sus parientes, poseedores de muchas ciudades del Épiro, y concierta con ellos los me-

dios de sacudir el yugo otomano. Las plazas de Petrella, de Petribia (*Arnaud-Belgrad*), y de Stalesia ó Stallasi, reconocen el nuevo dueño del Épiro, el cual se halla bien pronto en posesión de casi toda la herencia de su padre. Los príncipes cristianos de los países limítrofes se reúnen á Iskender-Bey, á quien escogen por su jefe, y le ponen á la cabeza de un ejército de quince mil hombres, con los que bate completamente á Ali-Bajá que tenía cuarenta mil bajo sus órdenes.

La abdicación de Sultan-Murad, después de la campaña de Hungría, deja un momento de descanso á Iskender-Bey; mas bien pronto nuevos combates le ofrecen nuevas ocasiones de gloria. Derrota á su vez á Firuz-Bajá y Mustafá-Bajá, los arroja del Épiro y va á sitiar á Daina, fortaleza de la cual se habían apoderado los Venecianos. La aproximación de un ejército otomano obliga á Iskender-Bey á abandonar Daina y á hacer la paz con Venecia. Mustafá, batido por segunda vez, deja diez mil muertos sobre el campo de batalla, y cae entre las manos de Iskender. Aquellas derrotas multiplicadas de los Otomanos obligan á Sultan-Murad á ponerse él mismo á la cabeza del ejército. Mas de cien mil hombres, bajo sus órdenes, abanzan para conquistar Sfetigrad y Dibra. Aquellas dos ciudades se ven precisadas á capitular. Después de aquella campaña, que costó á Sultan-Murad más de veinte mil soldados, se retira á Andrinópolis, y no volvió hasta el año siguiente á sitiar á Ak-Hysar (*Croia*): se vió obligado á abandonar aquella empresa, después de haber ensayado inútilmente corromper al comandante. Muchas veces, durante el sitio, Iskender-Bey, saliendo de noche de las gargantas de las montañas á donde se había retirado, caía repentinamente sobre el campo de los musulmanes, á quienes sorprendía en medio de su sueño y de los que hacía una carnicería horrible. Muy á menudo los sitiados, conducidos por su gobernador Uracontes, ejecutaban al mismo tiempo salidas vigorosas

que aumentaban el desorden de aquellas empresas nocturnas. En fin, Sultan-Murad, cansado de aquellas escaramuzas sin gloria, que debilitaban diariamente su ejército, envió á Iskender-Bey un parlamentario que le ofreció la investidura de los países insurreccionados, con tal que reconociese el señorío feudal de la Puerta y se obligase á pagar un tributo de cinco á seis mil ducados. El príncipe del Épiro rehusó suscribir á aquellas condiciones, y el Sultan, obligado á levantar el sitio de Ak-Hysar, volvió á tomar el camino de Andrinópolis, donde no llegó hasta después de haber perdido una gran parte de los suyos en los desfiladeros de las montañas que se veía obligado á atravesar, y en donde le esperaba Iskender-Bey. Aquel joven jefe tuvo toda la gloria de aquella campaña, durante la cual batió constantemente las viejas bandas aguerridas, y diez veces superiores en número al ejército que mandaba.

La retirada de los Otomanos concluyó de aquel modo, en 1450, aquella guerra de Albania, principiada hacia cerca de tres años, y que fué interrumpida, en 1448, por la derrota de Juan Huniade. Si no hemos hablado en su lugar de aquella expedición, fué con el objeto de no interrumpir la relación de la Albania, por otra parte narración episódica. Hemos creído deber preferir la claridad de la narración á la exactitud cronológica. Pero volvamos ahora á tratar de aquella corta campaña de Huniade. Aquel valiente guerrero, nombrado teniente general del reino, después de la muerte de Vladislao, en el campo de batalla de Warná, se había aprovechado del momento en que Sultan-Murad se hallaba ocupado en combatir á Iskender-Bey, para reunir un ejército de más de veinte mil hombres, entre los cuales había ocho Valacos bajo las órdenes del voivodo Dan, sucesor de Drakul, y dos mil Bohemios y Alemanes. Aquellas tropas pasaron el Danubio é invadieron la Servia, cuyo príncipe había permanecido fiel á Murad. Sabedor de aquella invasión, voló el Sultan al socorro de su alia-

do, y encontró el ejército húngaro en la llanura de Kosova, en donde se había atrincherado. Confiado con demasía en su fortuna pasada, en vez de esperar Huniade los socorros que le prometía Iskender-Bey, abandona su campo, marcha contra el enemigo y se dispone á atacarle. Antes de aceptar el combate, hace Sultan-Murad una última tentativa de conciliación, que rechaza el soberbio Huniade. Por último, el 17 de octubre de 1445, principia la memorable batalla de Kosova; duró tres días: la victoria fué disputada con el mayor encarnizamiento; mas los Húngaros, vendidos por los Valacos que se pasaron del lado de los Otomanos, debieron ceder. Retiráronse sin embargo en buen orden y lograron entrar en sus atrincheramientos. Después de aquel descalabro, desesperanzado Huniade del éxito, sale furtivamente del campo y pasa á Hungría, acompañado de algunos oficiales. El ejército, abandonado de su general, se dispersa y es destruido. Diez y siete mil cristianos quedaron sobre el campo de batalla, y se pretende que los Osmanlinos compraron aquella victoria con pérdida de cuarenta mil hombres.

En 1449, la muerte de Juan Paleólogo había dispartado las ambiciones rivales de dos pretendientes al imperio griego. Demetrio, hermano segundo de Constantino, le disputaba la corona; pero Sultan-Murad no tuvo más que decir una palabra para asegurar al heredero legítimo aquel cetro que el hijo del monarca otomano debía hacer pedazos bien pronto entre las manos del último emperador Paleólogo.

Hacia fines de 1450, se celebró en Andrinópolis, durante el otoño, el casamiento de Sultan-Muhammed con una de las hijas de Suleiman-Bey, príncipe otomano, con regocijos públicos que duraron tres meses. Apenas hubo vuelto á salir el nuevo esposo para su gobierno de Magnesia, que murió Sultan-Murad. De resultas de un ataque de apoplejía que le dió en medio de un festín, espiró en febrero de 1451 (855 de la éjira), en una isla cerca de Andrinópolis,

donde amaba distraerse de los penibles deberes del rango supremo.

Un historiador musulman cuenta con circunstancias muy diferentes la muerte de Sultan-Murad, el cual la atribuye á una debilidad supersticiosa. Aquel príncipe, dice, volviendo de la caza en las cercanías de Andrinópolis, encontró, sobre el puente Ada-Kupruy un dervis, el cual, á la vista de su soberano, exclamó con un aire inspirado: « No teneis que perder tiempo, augusto monarca, para llenar la profundidad del abismo abierto á nuestros piés por nuestros pecados y nuestras prevaricaciones..... El ángel de la muerte está á vuestras puertas; abrid los brazos y recibid con resignacion el mensajero del cielo. Es el destino comun de todos los hombres: ¡ dichoso aquel que piensa y se prepara para él toda su vida! Apresuraos pues, gran príncipe, á borrar con lágrimas las manchas de vuestros pecados, para merecer la bienaventuranza eterna prometida á los fieles que caminan y mueren en la senda de los santos mandamientos de Allah! » Estas palabras hacen la mas viva impresion en el Sultan-Murad. Sus consejeros, Ishak-Bajá y Sarydje-Bajá, que caminaban á su lado, tratan inútilmente de tranquilizarle; su espíritu estaba enajenado. Aumentóse su turbacion cuando supo que aquel dervis era discípulo del célebre cheikh Muhammed-Bokhari, quien le habia predicho, en el tiempo, la derrota del pretendiente Mustafá. Convencido entonces que era una sentencia del cielo, preparase para la muerte, hace su testamento, arregla los negocios del imperio, y sucumbe en tres dias, víctima de su credulidad.

Sultan-Murad es el único de los soberanos otomanos cuyo reinado ofrece el ejemplo de una doble abdicacion voluntaria. Aquel príncipe, dotado de una gran capacidad, de un carácter justo y entero, gobernó el imperio con gloria; y si, como verdadero filósofo, preferia las dulzuras de la vida privada al brillo de la corona, supo separarse de ella cuando le llamaba la voz de su pueblo. Piadoso y caritativo, como casi todos

los príncipes de Osman, tenia cuidado, cuando se apoderaba de una ciudad, de edificar en ella una djami (catedral), una mezquita, un imaret, un medrecé y un kan. La mezquita de Andrinópolis, conocida bajo el nombre de *Utic-Cherafeli* (de las tres galerías), es obra suya. Es admirable sobre todo por una singularidad en la construccion de sus minarates, de la que no se encuentra ni modelo ni imitacion en la arquitectura oriental. Tres escaleras en espiral, elevándose desde la base hasta el remate de la columna, conducen á aquellas tres galerías, de manera que tres personas subiendo á un mismo tiempo, oyen recíprocamente el ruido de sus pasos sobre los escalones superpuestos los unos sobre los otros. Cerca de aquella mezquita, hizo edificar Sultan-Murad un *Darul-Hadis* (escuela de las tradiciones del profeta), y le agregó profesores ricamente pagados. Brusa posee tambien una mezquita debida á aquel príncipe: está situada en medio de un bosquecillo de cipreses, bajo los cuales se ven los sepulcros de sus mujeres, de sus hijos y de sus hermanos. Sultan-Murad es el primero de los emperadores otomanos que haya hecho construir puentes de una gran largura. Citan el que se halla sobre un vasto pantano, entre Salónica y Yeni-Chehir, otro en Erkene, que tenia ciento setenta y un arcos, y otro en Angora. El producto del paso de este último puente estaba consagrado al alivio de los pobres de la *Meca* y de *Medina*, donde el Sultan enviaba todos los años un regalo de tres mil y quinientos ducados á la época de la marcha de la caravana de los peregrinos.

Sultan-Murad, á quien ciertos autores atribuyen sin razon la creacion de los jenízaros, perfeccionó por lo menos aquella institucion, y organizó con la mayor atencion todo su ejército, en el cual reinaba la mas severa disciplina. De seis á diez mil infantes vijilaban en la guardia del Sultan. Aquel príncipe, cuando estaba en campaña, tenia tres tiendas, la una encarnada y las otras dos cubiertas de fieltro bordado de oro. Al

EL SULTAN MAHOMETO 2.
vulgarmente llamado el Conquistador

SULTAN MUHAMMED KHAN-EL-FATYH.

(le Conquerant, vulgairement Mahomet II.)



Ventre del

Lemaître direza

Lobas Sc

1. Médaille par Jean Tournet. 2. Médaille par Gentil Bellini.

TURQUÍA.

69

dedor del recinto guardado por los jenizaros, y en donde se veían todavía quince tiendas destinadas á diversos usos, estaban los visires, los tchaoucas, y los demás oficiales agregados al servicio especial del príncipe. Todos aquellos oficiales tenían numerosos criados. Además de los jenizaros, trescientos silihdars (jendarmes) cuidaban también de la guardia de la tienda del Sultan. Venían en seguida los ghurebas (extranjeros), los ouleufdejis (*tropas asalariadas*), y los spahis (*soldados de caballería*). El campo se componía de diez mil tiendas, arregladas con una simetría admirable. Por todas partes reinaba el orden mas perfecto. Un cuerpo particular (*los arabadjis*) estaba especialmente consagrado al transporte; otro á cuidar de los caminos, á colocar las tiendas, etc. El mando alternaba entre los bajáes de la Romelia y de la Anatolia, los cuales tenían bajo sus órdenes los sandjakbeyes ó gobernadores de provincias, llevando con ellos su contingente feudal de soldados y oficiales.

Bajo el reinado de Sultan-Murad, principió la poesía á sobresalir mas que en tiempo de sus predecesores. Las biografías de los poetas otomanos citan un número considerable, cuya nomenclatura ofrecería poco interés. La jurisprudencia y la teología contaron también profesores llenos de mérito, aunque menos distinguidos, y sobre todo menos numerosos que en tiempo de su hijo y de su sucesor, Sultan-Muhammed El-Fatyh.

CAPITULO IX.

SULTAN-MUHAMMED-KHAN, EL FATYH
(EL CONQUISTADOR), VULGAR-
MENTE MAHOMET II.

La conquista de Constantinopla por los Osmanlinos fué uno de los acontecimientos mas memorables del siglo quince: la caída de la antigua Bizancia, la destruccion del imperio romano-griego, despues de mil y cien años de duracion, eran hechos demasiado abultados para no

poder menos de dejar recuerdos indelebles entre los pueblos de la cristiandad. Así es que el Sultan que tuvo la gloria de apoderarse de la ciudad de Constantino, ha conservado entre nosotros una especie de celebridad popular, de que no participan en el mismo grado los demás príncipes de su dinastía.

Tres dias despues de la muerte de Murad II, es decir, el 8 de febrero de 1451 (855 de la éjira), recibió el Sultan Muhammed la noticia en Magnesia. Aquel príncipe, que en vida de su padre, habia gozado del poder supremo, le volvia á tomar con diligencia; y apenas hubo leído los pliegos que le dirijia Khalil-Bajá, se arroja de su caballo, exclamando: « ¡Sígame quien me ama! » Llegado en dos dias á Gallipoli, con sus baladjis y sus peiks, permaneció allí durante otros dos para dar el tiempo necesario á fin de que se le reuniese el resto de su comitiva. Desde allí hizo saber su llegada á los habitantes de Andrinópolis, viniendo á recibir á su nuevo amo un gran número de ellos. Los ulemas, los cheikhs, los visires, los beiler-beyes, que le esperaban á una legua de la capital, echaron pié á tierra luego que le divisaron, y formaron su acompañamiento. Antes de entrar en la ciudad se detuvieron dando gritos lamentables, último homenaje que tributaban á la memoria de Sultan-Murad. Conmovido Muhammed por aquellos testimonios de dolor, se apeó del caballo, lloró con los grandes que le rodeaban, y los admitió á la ceremonia del besamanos (*destbous*). Al día siguiente de su entrada en Andrinópolis, tomó posesion del trono con la mayor solemnidad, y en presencia de los grandes funcionarios del imperio. Khalil-Bajá, por cuyos consejos habia vuelto Sultan-Murad á tomar la corona en dos veces distintas, temia la cólera de Muhammed, y estaba apartado de él: el Sultan hizo que se acercara, y le confirmó en la dignidad de gran visir. Ishak-Bajá fué encargado de conducir á Brusa el cuerpo de Murad, en su cualidad de gobernador de la Anatolia; puso un gran celo en el